

Una taza pequeña de agua pura  
En su querida fuente recogida.

Al fin de los tres meses, fué llegado  
Para Isabel el venturoso día  
De dar la luz al precursor profeta,  
Fragante flor de su vejez marchita.  
Mas apenas del riesgo libertada,  
Cuando aprestos espléndidos se hacian  
A celebrar con la debida pompa  
El feliz nacimiento del Bautista;  
De aquel mundano, atronador tumulto,  
Cual paloma asustada huyó MARIA,  
Y dejando los montes de Judea,  
De Nazareth la senda conocida  
Tomó, despues que en su dorada cuna  
Bendijo y abrazó al moderno Elias.

## LIBRO SETIMO.

### LA VIRGEN MADRE.

#### I.

De vuelta á Nazareth, la humilde vida  
Volvió á emprender Miriam acostumbrada,  
Que pudiera olvidar envanecida  
Viéndose á tantas glorias ensalzada:  
Al querer de su esposo sometida,  
Dulce, activa, prudente, recatada,  
La oracion, el trabajo y la lectura  
Toda ocupaban su existencia pura.

Empero, mas visibles y patentes  
 Se hacian de su estado las señales,  
 Y amarguísimas dudas y dolientes  
 Recelos, las entrañas paternales  
 De José desgarraban vehementes;  
 Que aunque ageno de amores terrenales  
 Su corazon, inmenso en él ardía  
 Místico y puro amor por su MARIA.

Y no ya los rencores que atormentan  
 Los estrechos humanos corazones;  
 Ni las turbias borrascas que alimentan  
 En el mortal volcánicas pasiones,  
 Que justicia y honor le representan  
 De un ciego pundonor las sugerencias:  
 Ni el vástago de estirpes soberanas  
 Lloraba aquel ultraje de sus canas:

No; lloraba con llanto inconsolable,  
 Del ángel puro la mortal caída;  
 Lloraba con dolor imponderable  
 Su ya perdido amor, su fé perdida:  
 La dulce paz, el júbilo inefable,  
 Los blandos goces de su santa vida,  
 Perdidos para siempre, lamentaba  
 Y lágrimas amargas derramaba.

Negábase á creer no pocas veces  
 La vista de sus ojos persuadidos,  
 Y testimonios de comprados jueces  
 Juzgaba el acusar de sus sentidos:  
 El cáliz del dolor hasta las heces  
 Apurando, con ayes doloridos,  
 Preguntábase á sí, si las señales  
 Que via no eran sombras infernales.

Mas un dia llegó, que ya imposible  
 La duda fué: los propios habitantes  
 De Nazareth, del casto é invisible  
 Lazo que habia entre ellos ignorantes;  
 Un agudo puñal en el sensible  
 Corazon, con sus plácidos semblantes  
 Y parabienes mil que le ofrecieron,  
 En su ignorancia crudos sumergieron.

¿Qué partido quedaba al buen esposo  
 En situacion tan triste y tan horrenda?  
 Segun la ley judáica, al ominoso  
 Crimen la muerte solo daba enmienda,  
 Y de baldon cubríase afrentoso  
 El varon israelita que en su tienda  
 En su hogar, y en su honrosa compañía,  
 A una muger adúltera sufría.

¿Cómo al través del tenebroso muro  
Formado del revuelto torbellino  
Del duelo amargo y del dudar oscuro,  
Hallar de salvacion algun camino?  
En medio al laberinto un rayo puro  
José imploraba del fulgor divino;  
Mas sordo el cielo á su gemiente ruego  
Negábale la luz al santo ciego.

En tanto, desde el trono refulgente  
En millares de soles apoyado,  
Que fundó para sí el Omnipotente,  
Y está á los mismos ángeles velado;  
Dirige una mirada complaciente  
Sobre el esposo triste, el Increado;  
Y aunque su hondo gemir piadoso escucha  
Le deja solo en la tremenda lucha.

Y el coro de sus ángeles queridos  
Fijos los ojos en el noble anciano,  
Esperan de temor estremecidos  
El fin de aquel combate sobrehumano:  
Y al ver tanto valor, enternecidos,  
Vueltos á su temido soberano  
Del que lucha en favor sumisos oran  
Y en una voz su omnipotencia imploran.

José de su Señor abandonado  
En la noche sin fin caliginosa  
A su propio vigor; mas sustentado  
Por su alma sublime y valerosa;  
De una idea feliz iluminado,  
Tomó resolucion tan generosa,  
Que si hubiera pasion sobre las nubes  
Envidiáranla acaso los querubes.

Condenar era justo á la culpable,  
Repudiándola, al llanto y abandono,  
Mas era su suplicio inevitable  
De sus propios parientes al encono:  
Quiso pues, en su amor incomparable  
No solo perdonarla; el noble trono  
Darla tambien que nunca niega el mundo  
A la virtud y al padecer profundo.

Y aceptando sumiso de antemano  
El desprecio y baldon inmerecido  
Aun de sus propios deudos, el anciano  
Se preparó á la fuga decidido:  
Turbia la vista, trémula la mano  
Trabaja aun en el taller querido,  
Testigo, ¡ay triste! de pasadas glorias,  
Hoy fuente de amarguísimas memorias.

Muy luego en las regiones apartadas  
 Donde le lleva su infeliz destino,  
 Por sendas peligrosas é ignoradas,  
 Irá vagando el pobre peregrino:  
 Leyes, usos, costumbres ignoradas,  
 ¿A quién preguntará por su camino?  
 ¿Acaso algun hogar serále abierto  
 Del mundo en el vastísimo desierto?

Y aun cuando encuentre un techo hospitalario,  
 Un seno amigo, en estrangero suelo;  
 ¿Quién habrá que al mendigo solitario  
 De su perdido amor le dé consuelo?  
 ¿Quién abrirá el asilo funerario  
 Dó presto le ha de hundir su desconsuelo?  
 ¿Quién regará con llanto de sus ojos  
 La tierra en que descansen sus despojos?

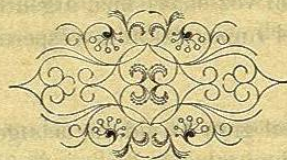
Las auras de la patria tan queridas,  
 Sus selvas de azahar embalsamadas,  
 Sus auroras de fuegos encendidas,  
 Sus noches tan serenas y calladas:  
 Las aguas de sus fuentes bendecidas,  
 Sus nubes blanquecinas y azuladas,  
 Los parientes amados, los amigos  
 Que del perdido bien fueron testigos;

Y el techo desigual que levantaron  
 En mas felices dias sus mayores,  
 Las modestas estancias que habitaron,  
 Recuerdo perenal de sus dolores;  
 Y aquellos toscos muebles que labraron  
 Testigos de su dicha y sus amores,  
 Todo en fin, lo que caro es en la vida,  
 Abandona en su amarga despedida!

Mas una noche que en el triste lecho  
 En inquieto dormir desahogaba  
 Con hondos ayes el dolor del pecho,  
 Parecióle mirar que iluminaba  
 Una luz celestial el cuarto estrecho,  
 Y un ángel del Señor la derramaba,  
 El cual con voz suavísima, argentina,  
 Mas que el rumor del aura vespertina:

“Hijo del gran David, no acongojado  
 “Estés, ni en tales dudas sumergido;  
 “El niño que tus penas ha causado,  
 “En el seno purísimo nacido  
 “De Miriam, del Señor es hijo amado,  
 “Y por él será el mundo redimido;  
 “Y aunque tiene en el cielo eternos nombres,  
 “Jesus será llamado entre los hombres.”

Dijo y desapareció.—Del blando sueño  
Recordando José la gran dulzura,  
El rostro antes tristísimo, risueño  
Se alzó al amanecer del alba pura:  
Y solícito, amante y halagüeño,  
Creyendo apenas la inmortal ventura,  
Con voz llena de encanto y alegría  
Como á su reina saludó á MARIA.



## II.

Como acaso al volver al patrio suelo,  
Dó al través de los mares se encamina,  
Sobre un altivo escollo el raudo vuelo  
Detiene la viajera golondrina:  
Y en el nido fugaz, vecino al cielo,  
De donde la estension del mar domina,  
Agena al rebramar del viento airado,  
En el antiguo piensa nido amado;

Así Miriam ignora del tremendo  
Rugir de las borrascas de la vida,  
Pura y sin mancha en medio al torpe estruendo  
De la mundana gente corrompida,  
Notar no pudo aquel martirio horrendo  
Que, al juzgarla el patriarca envilecida,  
Rasgó su corazón tan noble y fuerte  
Con mas crudo dolor que el de la muete.

Ella siente su alma enagenada  
 En puras é inefables alegrías;  
 Día y noche, confusa y agitada,  
 Escucha misteriosas armonías  
 Que entonan en redor de su morada  
 En coro las celestes gerarquías,  
 Mientras callan los vientos bramadores  
 Y el céfiro se aduerme entre las flores.

¿Cómo explicar en lenguas terrenales  
 De senso oscuro y áspero sonido,  
 La suma de rubores virginales  
 Y de gozo y amor enardecido,  
 Que cuando en sus entrañas maternas  
 El VERBO del Señor se ha estremecido,  
 Sienten su corazón y su alma pura  
 Llenos de aquella insólita ternura?

¿Amor de madre! amor acá en la tierra  
 Imágen pura del amor divino;  
 Sentimiento clarísimo que encierra  
 Cuanto hermoso del cielo al mundo vino:  
 Iris de paz en la continua guerra  
 De las pasiones que nos dió el destino,  
 Bálsamo celestial, gozo del alma,  
 Puerto seguro de apacible calma!

¡Divina emanación de un Dios piadoso,  
 Consuelo en los dolores inefable,  
 Amor constante, fino, generoso,  
 Indulgente, benigno, inalterable:  
 Don del Omnipotente el más precioso,  
 Pródigo de perdón para el culpable,  
 Copiosísima fuente clara y pura,  
 De júbilo perenne y de ventura!

Que cuando de este amor la viva llama,  
 De la pobre mortal naturaleza  
 El lodo vil con su fulgor inflama,  
 Depura y aquilata su impureza:  
 Y en él torrentes de virtud derrama,  
 Y el corazón levanta á tal alteza,  
 Que entonces la mujer, ángel del cielo  
 Parece, desterrado en nuestro suelo.

¿Qué madre vacilar puede un instante  
 Dicha en sacrificar, fortuna y vida,  
 Por ver feliz y del dolor triunfante  
 La dulce prenda de su amor querida?  
 ¿Qué riesgo á detener será bastante  
 A quien la misma muerte no intimida?  
 ¿Qué dolor grande, ni llorar prolijo  
 A la que con morir salva á su hijo?

Que sí su llama ardiente y generosa  
 Basta sola á engendrar virtudes tales  
 Y abnegacion tan fina y valerosa  
 En los comunes pechos maternos:  
 ¡Cuánto mas levantada y poderosa  
 Y fecunda en afectos celestiales,  
 Y abnegacion sublime, no sería  
 En el seno dichoso de MARIA!

Ella que ama en su hijo al Dios que adora,  
 Al esposo de que anda enamorada;  
 Eterno amor que dentro á su alma mora  
 Desde al vivir del mundo fué creada:  
 Suavísimo recuerdo que atesora  
 En la region mas noble y apartada  
 Del tierno corazon, que Dios le diera,  
 Porque en su santo amor se consumiera!

Tiempo boton que en el jardin ameno  
 Del aura acariciado fresca y pura,  
 De viva savia y de perfume lleno,  
 Llega á la perfeccion de su hermosura;  
 Y sin abrir al roedor veneno  
 De reptil ponzoñoso ó de aura impura  
 El cáliz virginal de azul y oro  
 De su aroma real guarda el tesoro:

Tal el virgíneo pecho de MARIA,  
 De manchas libre ó corporal flaqueza,  
 Puro como la luz del rey del dia  
 Intacta conservaba su entereza;  
 Y el amor maternal que en él ardia,  
 Mayor intensidad, mas fortaleza  
 Tuvo y debió tener, que los amores  
 Propios de esta mansion de los dolores.

Virgen de toda culpa inmaculada,  
 Criatura de Dios mismo elegida,  
 Sobre el mortal caduco sublimada,  
 Sobre el eterno coro enaltecida:  
 Hízola Dios su esposa muy amada,  
 Y entre él y nuestra raza maldecida  
 Ella fué la divina mediadora  
 Del pecado primer reparadora.

La sola entre las hijas de este mundo  
 Que nació sin la mancha del pecado;  
 La sola cuyo vientre fué fecundo  
 Sin ser en su pureza amancillado:  
 Misterio santo, altísimo, profundo,  
 No entendido y empero venerado  
 Por el audaz mortal que impío niega  
 Cuanto no alcanza á ver su vista ciega.

Así al través del vaso cristalino  
 Nos llega á iluminar la lumbre pura ;  
 Así del sol el rayo diamantino,  
 Sin romper de las aguas la tersura,  
 Penetra en deslumbrante torbellino  
 Tal vez al fondo de la mar oscura,  
 Semejando en sus olas rebramantes  
 Del iris los espléndidos cambiantes.

Virgen y madre á un tiempo :—Perfumado  
 Capullo y á la vez fragante rosa ;  
 El bien aun de nosotros alejado,  
 Y de aquel bien la posesion dichosa :  
 La esperanza á la vez y lo esperado ;  
 La anhelante inquietud, la paz sabrosa,  
 Tal el misterio fué que dió fecundo  
 Fruto de vida y libertad al mundo.



## BELEN.

### III.

¿ A dónde envanecido  
 Me arrastras, ardoroso pensamiento ?  
 ¿ Dó vuelas, atrevido,  
 Con raudo movimiento,  
 Ambas las alas desplegando al viento ?

¿ Cómo á escalar te atreves  
 Esa region de tan suprema altura ?  
 ¿ Cómo en alas tan leves  
 Alcanzar la ventura  
 De contemplar de Dios la lumbre pura ?